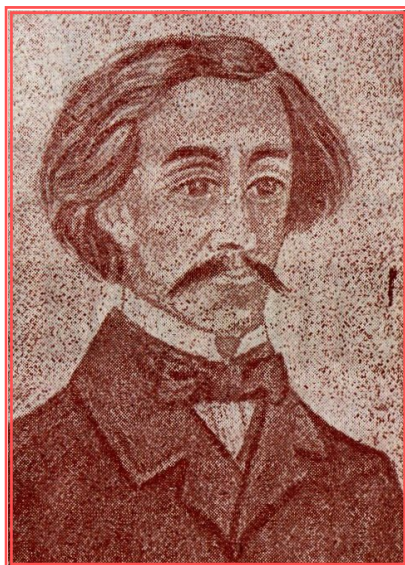


*CUADERNILLOS DE CULTURA Y  
PATRIMONIO.*

NÚMERO 2

MARZO DE 2009

---



*DE DON EULOGIO  
FLORENTINO SANZ.*

---

*LA ALHÓNDIGA DE ARÉVALO,  
ASOCIACIÓN DE CULTURA Y PATRIMONIO.*

## **PRESENTACIÓN**

**En diciembre del año 1909, siendo Alcalde constitucional Don Antonio Pérez López del Excmo. Ayuntamiento de Arévalo, ejercía de Secretario Don Florencio Zarza y Roldan, gran amante de Arévalo.**

**A instancias de este secretario se efectuó un librito o folleto biográfico dedicado a tres ilustres hijos de Arévalo que fueron:**

**EULOGIO FLORENTINO SANZ Y SÁNCHEZ**

**FABIÁN FRANCISCO GARCÍA-FANJUL Y FERNÁNDEZ**

**Y**

**LUÍS FRANCISCO VARA Y LÓPEZ DE LA LLAVE**

**Que para su recuerdo futuro se hace por acuerdo del Ilustre Ayuntamiento.**

**La parte dedicada a Eulogio Florentino Sanz y Sánchez es la que exponemos a continuación.**

## INVOCACIÓN

¡Oh vosotros, los que desde los puntos de mi modesta pluma, habéis de salir á la pública admiración, para que, como radiantes faros de singular belleza y esplendidez, alumbréis los escabrosos senderos de la vida de las generaciones futuras, que en Vos verán ejemplos de hermosas virtudes que copiar, y cualidades excepcionales de talento y de grandeza que apetecer, perdonad el insólito atrevimiento que supone en mí el querer dibujar, con pinceles de ás-peras cerdas y en colores de escasa limpidez, tomados de toscas paletas, el grandioso cuadro de vuestras vidas; en las que todo es hermoso, todo es colosal, todo es sublime y digno de eterna memoria y prez!

Pero no es mi ánimo rebajar vuestros indiscutibles merecimientos, uniendo á los nombres preclaros que llevan el que en la pila á mi me dieron, y bien oscuro parece; por que se diga que tal es el autor, tal es la obra, si no que, por el contrario, buscando la eterna ley del contraste, quiero que al contemplar el conjunto armonioso y bello que han de formar, por precisión, vuestras tres nobles figuras unidas, resalten éstas mucho más, por la pobreza del cuadro que las envuelva.

Y en este día, en que Arévalo, despertando del torpe sueño de la indiferencia en que, por desgracia y costumbre, se halla sumido, da una plausible y vigorosa prueba de entusiasmo patrio y de altísima cultura, sacando del nivel ordinario de las gentes, hasta la inmarcesible altura de los héroes, á tres de sus queridos hijos, permitidme que yo, que de paisano de ellos me precio, y no trocaría en este momento esa fortuna por todas las que en las entrañas de los mares sepultaron, en el transcurso de cien siglos, las traidoras é insaciables olas oceánicas, me una al coro formidable y robusto de cuantos conmigo sienten, y grite con alma, vida y corazón: «*Vivan los nobles hijos de Arévalo!*»

Un aplauso sincero y merecidísimo á la Ilustre Corporación municipal que acordó transmitir á sus constantes sucesores, los hechos gloriosos de *Florentino Sanz*, *Fabián García Fanjul* y *Luís Vara López de la Llave*, inscriptos en marmóreas losas, al frente de tres de sus principales vías públicas; en las que los tres héroes, hoy honrados, nacieron ó ejecutaron actos de verdadero relieve y dignos de perpetuarse en las páginas de la historia patria; dándola así brillantez, honor y glorias.

Mil plácemes también á cuantos contribuyeron á que este acto notable tenga calor, vida y dignidad adecuados; y mil enhorabuenas á las envidiables familias de los esclarecidos Arevalenses que honramos; que, por serlo, solamente la merecen sin resquemores.

Hoy no es día de pensar, ni de discutir; hoy es sólo día de admirar y de sentir muy *hondo*, pero muy *alto*; para que, saliendo esos sentimientos de las recónditas entrañas de nuestro ser, se lleven hasta las inconmensurables alturas de lo sublime; en las que toda pasión bastarda es desechada; toda mancha es aborrecida; y toda pequeñez de ideas se agranda hasta lo infinito, ó se ausenta avergonzada.

Y poseído yo de ese saludable entusiasmo general, que animará mis frases, voy á ver si puedo dar cima á la ardua empresa que me propongo, de biografiar á los renombrados y esclarecidos varones, que, en esta Ciudad vieron la primera luz de su existencia, y que, por sus heroicas acciones merecen los honores de la eterna admiración.

Seguiré el orden de su antigüedad en ellas; y, empezando por D. Eulogio Florentino Sanz, seguirá á éste, D. Fabián García-Fanjul y terminará con D. Luís Vara López de la Llave, cuya heroicidad es tan reciente.

## Don Eulogio Florentino Sanz

Terreno fértil y hermoso es el de la Literatura. Aventurar en él mi lega y torpe planta, es un atrevimiento sacrílego, que yo mismo no me perdonaría, si al hacerlo, no me moviera el noble deseo de encontrar allí el espíritu inquieto, delicado y fecundo de un esclarecido paisano, que honró ese delicioso suelo de la Poesía, con delicadísimas flores, que le esmaltan y le enriquecen.

Jamás me hubiera decidido, sin embargo, de ese recto fin, á traspasar los umbrales del magnífico edificio en que habita esa «hermosa doncella tierna y de poca edad á quien tienen cuidado de pulir y adornar todas las otras ciencias» (Cervantes) si no me hubieran prestado benévolamente sus consejos, datos y auxilios generosos, los admiradores del que en el mundo animó, con ese mismo espíritu que yo busco para honrarle, los severos salones de las Academias; los esplendorosos circos del teatro; y los suntuosos recibimientos de las Embajadas.

Alma grande y pensadora, enamorada de lo bello en todas sus manifestaciones, estaba en el suelo, como de pasada; y las cosas que á los mundanos atraen, seducen y ocupan, á *Florentino Sanz*, hastiaban y entorpecían, para elevarse sobre el ordinario nivel de esta vida y penetrar en las augustas y etéreas regiones, en que ya plenamente goza y á las que yo temí llegar, siquiera fuera con la imaginación.

Leyendo y estudiando la patria literatura pasó gran parte de sus días.

Entre las páginas de ese arsenal copioso y admirable de joyas poéticas, prefería las de aquellos autores que, como él, hallaban mortificación en lo material de la existencia y en las pasiones bastardas del hombre, de las que se burlaban con amargo donaire. Entre ellos, D. Francisco de Quevedo, le enamoraba verdaderamente y se le aprendía de memoria en sus actos, en sus escritos, en todo su ser.

Y con su claro y elevado espíritu, adivinó y rehizo toda la vida de nuestro grande é inmortal satírico.

Por eso, su obra dramática que lleva el nombre de éste, es una obra maestra, eterna y envidiable.

Pero aunque nos reprenda el alma del eximio poeta que hemos de encomiar, vamos á contar á los lectores algunos de los infinitos detalles y rasgos de su accidentada existencia, para que conociéndoles, se aprecien en todo lo que valen.

En la que por justos y legítimos méritos se titulaba la noble y leal villa de Arévalo; y hoy, gracias á la buena voluntad del Ilmo. Sr. D. Pascual Amat Estévez, que lo pidió, y á la munificencia de la egregia y virtuosísima señora, que entonces regentaba España Doña Cristina de Absburgo en nombre de su augusto hijo el Rey D. Alfonso XIII (que Dios guarde), que lo dio, se llama con dignidad

y orgullo, ciudad, por el Real decreto de 19 de junio de 1894, nació el que en la pila bautismal de la Iglesia de San Juan Bautista de la citada población, recibió los nombres de Eulogio Flo-rentino, el día 14 de Marzo de 1822, á los tres de nacer.

Fueron sus padres D. Eusebio Sanz Guerra, natural de Olmedo, abogado y Doña Josefa Sánchez Notario, natural de Carrascalino, Obispado de Salamanca, ambos de familias distinguidas.

Se duda cuál sea la casa en que aquél fausto acontecimiento tuvo lugar, pues las personas de más íntimo trato con los descendientes del que, al ocuparnos de él nos honramos y á los que hemos preguntado sobre este particular no están de acuerdo: diciendo los unos que el nacimiento de *Florentino Sanz*, ocurrió en los muros del palacio de los Excmos. Sres. Condes de Villariezo, que hoy ocupa su señora administradora y parienta del biografiado, Doña Primitiva Sisí Puebla, en la calle de Santa María, número 11.

Dicen otros, que por bien enterados les tenemos, que fue en la plaza del Real, hoy de la Libertad, en su casa número 17, propiedad de la Señora Doña Carmen Valdés Massuco, viuda de D. Felipe de Jesús Perrino Revilla, íntimo amigo que fue del renombrado y célebre poeta; y al que éste escribió una carta autógrafa, que obra en poder del que traza estas líneas desde Tángier, cuando allí estaba de Embajador.

Sea cual fuere de las dos, y aunque ninguna de ellas lo fuera, *Florentino* llena todo Arévalo y Arévalo entero es por suerte, la cuna del gran pensador; que sin duda alguna, habitó la mayor parte del tiempo que pudo él darse cuenta de sus existencia, y allí concibió, tal vez, el *Quevedo*, y de ella salió en busca de otro ambiente más extenso, en la casa número 13 de la calle de Abanciques.

Muchacho inquieto y travieso asistió á las Escuelas con gran aprovechamiento; descollando entre sus condiscípulos de los que ya ninguno queda, por lo privilegiado de su ingenio, por lo *raro* de sus juegos y por lo que se hacía respetar de ellos, sin saber la causa de ese respeto.

Y es que el *genio*, aún en sus comienzos, brilla encerrado en el fanal que le cubre, ya sea este de tosco barro, ya de magnífica porcelana de Sevres.

Y los resplandores que despide á su alrededor no pueden apagarse, aunque á intentarlo se atrevan las envidias de los unos, las impaciencias de los otros, y, algunas veces, la modestia del mismo interesado.

Creció el niño y se hizo adolescente, y la luz de su claro entendimiento ardía en aquella cabeza con intensidad suma, obligándole por esto á pensar y á sentir y á obrar, como el vulgo ni piensa, ni siente, ni obra en tales casos; y á este frecuente fenómeno del contraste entre lo ordinario y lo extraordinario se llama *rareza de carácter*, y al que le posee se le juzga ya *por sus cosas*.

Por eso *Florentino Sanz*, desde muy joven tuvo *cosas*.

Si la pluma del que ahora quisiera contar todas ellas, para grato solaz de los lectores pudiera hacerlo, aquí saldrían todas ellas; por que las hay muy

buenas, pero la faltan tiempo y lugar.

Esta premura y falta de tiempo, que tiene que invertir en otras ocupaciones de diversísima índole, hacen que tan buenos deseos se queden sin realizar, y que vean la pública luz solamente algunas que como muestra den á conocer el carácter de nuestro biografiado.

En la Escuela se unía á los más aplicados; le repugnaban los soberbios y despreciaba desdeñosamente á los imbéciles.

De joven, y en su casa, cogía los libros de poesías que encontraba á mano ó los simples papeles que contuvieran versos, aunque éstos fueran de las *historias* pregonadas por los ciegos en el mercado; y delante de la sirvienta de su confianza, á quien profesaba cordial y leal afecto, recitaba en alta voz y accionando con vehemencia, los trozos de poesías que á él le parecían mejores, dando lugar á que esa misma doméstica que, no hace mucho fue á reunirse, en otro mundo mejor, *con su señorito*, Celestina Álvarez Robledo, y á la que el autor de estos renglones trató con mucha intimidad y se lo oyó decir varias veces, le dijera en tono familiar y de cariñosa reprimenda: «¡Quítese usted de ahí, loco!»

Él se reía de la sencillez y afecto que le mostraba ella; y la tuvo presente al escribir, más tarde, su segunda y famosa producción dramática, *Achaques de la vejez*, retratándola casi al natural, en la sirvienta que en la tal obra interviene.

Servíale, así mismo la propia fámula, para interponer su valimiento con la que fue el primer objeto de los amores del famoso poeta.

No se cree, el que ahora así lo refiere, autorizado para decir su nombre, por no pecar de indiscreto aunque se asegure que en estas primeras *relaciones* de Florentino, hubo toda la pureza de afectos y nobleza de fines que en un alma generosa y grande como la suya, pudieran caber.

Y acaso, esos amores contrariados fueron el motivo de que él huyera de su nativo pueblo, en busca de un olvido que no sabemos si nunca le llegó á encontrar.

Era entonces el año de gracia de 1843, y teniendo Eulogio Florentino un tío Canónigo en la Catedral de Salamanca, á aquella cuna de las ciencias se encaminó en demanda de un auxilio que, en su casa, ya le iba faltando, por desgracia.

El Sacerdote le admitió con los brazos abiertos; que era bueno y mucho le quería; y le hizo matricularse en la Universidad en la carrera de leyes.

Florentino asistió á las clásicas aulas dos años nada más, aprendiendo en ellas entre otras asignaturas el latín, el italiano y el francés, en compañía de su primo D. Narciso Sanz, hombre de gran imaginación.

No se avenía la del protagonista de esta reseña, tan exaltada y expansiva, á los estrechos moldes del claustro universitario y reglamentación de la cátedra cotidiana, y abandonando carrera, casa hospitalaria y sabia ciudad, fuese á Madrid como tantos otros lo hicieron, en busca de gloria y de fortuna; y que no todos ellos lo llegaron á *alcanzar*.

Llevóle también el noble y cariñoso deseo de volver á ver á su señor padre; que ya contaba bastante edad y que desde la cúspide de la posición social más envidiada como abogado y noble que era, se encontraba á la sazón, acogido de caridad en el Hospital de *San Bernardino*, que Dios sabe los misterios y secretos que entre sus paredes guardaría.

Esta fue una de las épocas más terribles de la vida de *Florentino*; y hace falta haber pasado lo que él pasó en ella ó parte al menos de sus pesares, para comprender lo que le costaría elevarse de tanta humildad á tanta altura.

Paupérrimo de bienes de fortuna; pero riquísimo en bienes de inteligencia, vagó y escribió, sabe Dios dónde y cómo, hasta el año de 1849.

De esta penosa y triste gestación vino á la vida literaria pública, una de sus más preciadas y hermosas joyas de nuestra poesía dramática que se conoció en todo el mundo literario con el nombre de *El Quevedo*.

Valiéndose de su agudo ingenio, de los recursos que éste pudo proporcionarle, y acaso con la herencia que, por aquel tiempo, debió coger de su mencionado tío el Canónigo de Salamanca, que le nombró su único sucesor, Florentino empezó á concurrir al saloncillo del Teatro del Príncipe, en el que entonces el gran actor dramático D. Julián Romea alcanzaba lauros y glorias imperecederas, con su inimitable modo de decir las mejores obras que se escribían y él representaba.

Nuestro protagonista hizo lo que los demás hacían, en casos semejantes y entregó su *Quevedo* á D. Julián, para que le leyera y juzgara.

Cuenta el también ilustre poeta vallisoletano, D. Gaspar Núñez de Arce, quizá con algo menos buena voluntad hacia su colega y nuestro paisano, que lo que fuera de desear, que éste, cansado de esperar que Romea le diera su opinión respecto al *Quevedo*, le preguntó con alguna exigente impaciencia:— «¿Va usted á hacer mi obra, ó no?» —D. Julián le contestó:— «Si es buena se hará» —Y Florentino con soberbia altivez y, volviendo la espalda replicó:— «Pues entonces... ¡se hará!»

Cuatro años después, ya eran dos las producciones notables, bellas é históricas, las que Florentino Sanz había hecho oír, con encanto y aplauso de los espectadores del citado Teatro del Príncipe; por que ya en 1853 se había representado en él, además del *Quevedo*, *Achaques de la vejez*. Como poeta lírico tuvo muy pocos iguales; aunque por pereza, ú otras causas que ignoramos, se encuentran inéditos sus mejores y hermosas producciones de este género literario; pero bastará decir, para saber á qué altura llegó en él, que en el año de 1876, ya opinaba de él su contemporáneo, y asimismo esclarecido vate, D. Juan Eugenio Hartzenbusch que era *el de más altos conceptos de su época*.

Y que el imponderable y actual literato D. Marcelino Menéndez Pelayo, sabio y dignísimo director de la Biblioteca Nacional, rinde á nuestro inmortal paisano su justísimo tributo de admiración, incluyendo en su selecta «Antología de las cien mejores poesías líricas de la lengua castellana», la titulada

*Epístola á Pedro* de D. Eulogio Florentino Sanz. Siendo el *Pedro* de esa epístola el notable político don Pedro Calvo Asensio, con quien siempre sostuvo cariñosa relación.

Es inmensa la ternura, la fluidez y la poesía que respiran sus delicadísimas traducciones del alemán Enrique Jaime, y no tienen precio aquellos conceptos de la composición titulada el *Color de los ojos*:

«Niña que en tus tiernos años  
por unos ojos te pierdes:  
para entender sus amaños,  
no mires si son castaños,  
negros, azules ó verdes.»

Y lo que en otra no menos escogida, en la que demuestra uno de esos momentos que le acometían de escepticismo por la vida:

«Sarcasmo vil de la suerte,  
para el alma dolorida;  
no ver hermosa la vida,  
sino al dintel de la muerte.»

Y lo tan sabido de:

«Cansado estoy de cansarme,  
y aburrido de aburrirme:  
venid, necios á decirme  
qué he de hacer para no hastiarme.»

No queremos privar á los lectores del singular placer que han de encontrar, al saborear las innumerables bellezas que encierra la *Epístola á Pedro*. Hela aquí:

Quiero que sepas, aunque bien lo sabes,  
que á orillas del Sprée (ya que del río  
se hace mención en circunstancias graves.)  
Mora un semi-alemán, muy señor mío,  
que entre los rudos témpanos del Norte  
recuerda la amistad y olvida el frío.  
Lejos de mi Madrid, la villa y corte,  
ni de ella falto yo, porque esté lejos,  
ni hay una piedra allí, que no me importe;



Pues sueña con la patria, á los reflejos  
de su distante sol, el desterrado,  
como con su niñez, sueñan los viejos.  
Ver quisiera un momento, y á tu lado,  
cual por ese aire azul nuestra Cibeles  
en carroza triunfal rompe hacia el Prado...  
¿Ries?... juzga el volar cuando no vuelles...  
átomo harás del mundo que poseas  
y mundo harás del átomo que anheles!  
Al sentir *coram vulgo* no te creas...  
al pensar *coram vulgo* no te olvides  
de compulsar á solas tus ideas.  
Como dejes la España en que resides,  
donde quiera que estés, ya echarás menos  
esa patria de Dólfos y de Cides;  
Que obeliscos y pórticos ájenos  
nunca saldrán los patrios palomares  
con las memorias de la infancia llenos.  
Por eso, aunque dan son á mis cantares  
Elba, Danubio y Rhin, yo los olvido  
recordando á mi pobre Manzanares.  
¡Allí mi juventud! ¡ay! ¿quién no ha oído  
desde cualquier rincón, ecos de aquella  
donde niñez y juventud han sido?  
Hoy mi vida de ayer, pálida y bella,  
múltiple se repite en mis memorias,  
como en lágrimas mil única estrella...  
Que quedan en el alma las historias  
de dolor ó placer, y allí se hacinan  
del fundido metal muertas escorias.  
Y aunque ya no calientan ni iluminan,  
si al soplo de un suspiro se estremecen,  
¡Aún consuelan el alma!... ¡ó la asesinan!  
*Cuando al partir del sol las sombras crecen,*  
y, entre sombras y sol, tibios instantes  
en torno del horario se adormecen.  
El dolor y el placer, férvidos antes,  
se pierden ya en el alma indefinidos,  
á la voz y á la sombra semejantes.  
Y en esa languidez de los sentidos,  
crepúsculo moral en que indolente  
se arrulla el corazón con sus latidos.

Pláceme contemplar indiferente  
cual el dormido Sprée sobre la espalda  
y en lúbrico chapín sesga la gente.  
O recordar el toldo de esmeralda  
que antes bordó el Abril en donde ahora  
nieve septentrional tiende su falda:  
Mientras la luz del Héspero incolora  
baña el campo sin fin, que el Norte  
rudo salpicó de brillantes á la Aurora.

¡Hijo de otra región, trémulo y mudo  
con la mirada que por ti paseo,  
nieve septentrional, yo te saludo!  
Una tarde de Mayo (casi creo  
que salta á mi memoria su hermosura  
de este cuadro invernal, como un deseo)  
Una tarde de flores y verdura rica  
de cielo azul, sin un celaje  
y empapadas de aromas y frescura;  
En que, al son de las auras, el ramaje  
trémulo de los tilos repetía  
de otros lejanos bosques el mensaje;

Yo, con mi propio afán por compañía,  
del recinto salí que nombró el mundo  
corte del rey filósofo, algún día.  
A su verdor del Norte sin segundo,  
de un frondoso jardín los laberintos  
atrajeron mi paso vagabundo...  
En armoniosa confusión distintos  
cándidos nardos, y claveles rojos,  
tulipanes, violas y jacintos,  
De admirar el vergel diéronme antojos;  
y perdíme en sus vueltas rebuscando,  
ya que no al corazón, pasto á los ojos.  
Y una viola que al Fabónio blando  
columpiaba su tímida corola,  
quise arrancar...—Mas súbito, clavando  
mis ojos en el césped, donde sola  
daba al Fabónio sus esencias puras,  
respeté, por el césped, la viola...  
¡Guirnalda funeral, de desventuras  
y lágrimas nacida, eran las flores

de aquél vasto jardín de sepulturas! -  
Pero jardín... Allí, cuando los llores,  
aun te hablarán la amante y el amigo  
con aromas, y jugos, y colores...  
¡Y de tu santo afán mudo testigo,  
algo en aquellas flores sepulcrales,  
algo del muerto bien será contigo!  
Dentro de nuestros muros funerales  
jamás brota una flor... Mal brotaría  
de ese alcázar de cal y mechinales,  
índice de la nada en simetría,  
que á la madre común roba los muertos  
para henchir de profana estantería;  
¡Ruin estación de huéspedes inciertos  
que ofreciera á los vivos su morada  
por alquilar los túmulos abiertos!  
De tierra sobre tierra fabricadas,  
más solemnes quizá, por más sencillas,  
las del santo jardín tumbas aisladas,  
Con su césped de flores amarillas  
se llevan... no muy altas... á la altura  
del que llore, al besarlas, de rodillas.  
¡Mas sola allí, sin flores, sin verdura,  
bajo su cruz de hierro se levanta  
de un hispano cantor la sepultura!...  
Delante de su cruz tuve mi planta...  
y soñé que en su rótulo leía:  
«¡Nunca duerme entre flores quien las canta!»  
¡Pobre césped marchito! ¡Quién diría  
que el cantor de las flores, en tu seno  
durmiera tan sin flores algún día!  
Más ¡ay del ruseñor que, en aire ajeno,  
por atmósfera extraña sofocado,  
sobre extraña región cayó en el cieno!  
¡Ay del vate infeliz que, amortajado  
con su negro ropón de peregrino  
yace en su propia tumba desterrado!  
Yo al encontrar su cruz en mi camino,  
como engendra el dolor supersticiones,  
llamé tres veces al cantor divino.  
Y de su lira desperté los sonos,  
y turbé los sepulcros murmurando

la más triste canción de sus canciones...  
Ya la viola, que al Fabónio blando  
columpiaba, allí cerca, su corola,  
volví turbios los ojos... Y clavando  
la rodilla en el césped, (donde sólo  
era airón sepulcral de una doncella)  
desprendí de su césped la viola.  
Y al lado del cantor volví con ella;  
y así lloré; sobre su cruz mi mano,  
la del pobre cantor mísera estrella:  
—Bien te dice mi voz que soy tu hermano;  
¿quién saludara tus despojos fríos  
sino el ¡ay! de mi acento castellano?  
Diéronte ajena tumba hados impíos...  
¡Si ojos extraños la contemplan secos,  
hoy la riegan de lágrimas los míos!  
Sólo suena mi voz entre sus huecos,  
para que en ella, si la escuchas, halles  
los de tu propia voz, póstumos ecos...  
*¡Por las desiertas y sombrías calles  
donde duerme tu féretro escondido  
no pasa, no, la virgen de los valles!*  
Una vez que ha pasado no ha venido...  
Trajéronla con rosas... A tu lado  
la virgen, desde entonces, ha dormido...  
Si su pálida sombra, al compasado  
son de la media noche, inoportuna,  
flores entre tu césped ha buscado,  
bien habrá visto á la menguante luna  
que en el santo jardín, rico de flores,  
sólo yace tu césped sin ninguna.  
¡No tienes una flor!... Ni; ¿á qué dolores  
una flor de tu césped respondiera  
con aromas y jugos y colores?  
Sólo al riego de lágrimas naciera,  
y de tu fosa en el terrón ajeno  
Quién derrama una lágrima siquiera?  
¡Ay, si! del ruseñor, de vida lleno,  
que, en atmósfera extraña sofocado,  
sobre extraña región, cayó en el cieno!  
Cantor en el sepulcro desterrado,  
descansa en paz... ¡Adiós!... Y si á deshora

un viajero del Sur pasa á tu lado,  
Si; al contemplar tu cruz, como yo ahora,  
con su idioma español el viajero  
te llama aquí tres veces y aquí llora,  
Dígale el son del aura lastimero  
cuál en los brazos de tu cruz escueta  
peregrino del Sur, lloré primero...  
¡Recibe con mi adiós, *tu violeta!*  
La tumba de la virgen te la envía...  
¡Y al unirse la flor con su poeta  
Ya en el ocaso agonizaba el día!

Es lástima que en este bosquejo biográfico no pueda llevar toda la extensión que requiere la gran figura de Don Eulogio Florentino Sanz; para que en él se pudieran saborear y admirar todas y cada una de sus deliciosísimas poesías; pero esto tiene buen remedio.

Sabemos quién las ha leído y admirado, y aplaudido de corazón todas ellas, y las tiene coleccionadas y algunas publicadas.

Otro paisano nuestro, que si no llegó á la altura de aquél, le trató, le respetó y le rindió un semiculto en vida, y, en muerte, venera su memoria; creyendo que es muy poco cuanto se haga para honrarla como se merece; y que él ocupó puestos de importancia y de honor, que le dan nombre y lustre, añadiendo así brillantes páginas á la historia de esta población; D. Román Martín Bernal, conserva en su poder esas joyas literarias, españolas y Florentinianas, puras y completas, y puede hacérselas gustar á quien, con tan delicado y patriótico fin se las reclame; y, por su parte procuró darlas á conocer, publicando á la muerte del malogrado D. Eulogio en 1881 y cuando él desempeñaba dignamente la presidencia de la Excma. Diputación provincial de Ávila, en los periódicos locales de aquella capital La Provincia y La Democracia, colecciones muy completas de las poesías conocidas, y de las inéditas de tan esclarecido y eximio vate arevalense.

Como político, D. Eulogio Florentino Sanz, con su elevación de ideas y su expansión de ánimo, creyó campo más á propósito para el ejercicio de las especiales facultades, el de los liberales.

Y en la histórica y célebre tertulia del Café de la Iberia de Madrid, amenizaba, con sus chispeantes y cultísimas ocurrencias, captándose las simpatías y el cariño de sus compañeros, cuando le oían y con gusto le respetaban, D. Pedro Calvo Asensio, D. Práxedes Mateo Sagasta, Don Adelardo López de Ayala, D. Juan Eugenio Hartzenbusch, y quizá, y aún sin quizá, otros que no llegaron á tanta altura como los citados; pero que también fueron naturales de Arévalo; como lo eran D. Zoilo Pérez García, hijo cari-

ñosísimo y entusiasta de su pueblo, al que varias veces representó en Cortes; el ya antes nombrado D. Felipe de Jesús Perrino y Revilla, que creía que esta, entonces villa, era «el mejor pueblo del globo terráqueo» y que tuteaba y amaba á Florentino, con quien estaba unido por estrechos lazos de sincera amistad, y aún de parentesco; como lo demuestra la carta que ya dijimos, hemos leído varias veces, que le escribió desde Tánger, siendo embajador de España, y en la que se dolía del rudo trabajo que tal cargo le daba.

Desempeñó en los años de 1854 á 1857 la Secretaría de la Legación de España en Berlín.

Fue Diputado á Cortes por Alcázar de San Juan desde 1859 á 1864, y, como antes se dice, embajador de España en Marruecos, desde 1872 á 1873.

Dejando en su carrera diplomática, tan brillante y tan apropósito para su claro y sutil ingenio, recuerdos gratísimos de su paso por las extranjerías Cortes, en que prestó sus servicios, poniendo muy alto el honor y el nombre español, con la conducta irreprochable y el delicadísimo trato público y privado de tan digno y competentísimo representante.

Al dar aquí por terminado este insignificante y oscuro bosquejo de la vida del que merece un gran volumen de encomiásticas frases, se nos viene á la imaginación una escena íntima de esa misma vida, que no quisiéramos describir; pero que parece que el mismo espíritu de Florentino Sanz, vagando á nuestro alrededor é iluminando nuestra mente con resplandores de su eterna gloria, nos ordena trazarla en este papel, acaso con intención para nosotros desconocida, pero obedeciendo á esa orden del alma de nuestro inimitable vate y paisano, vamos á ver si logramos relatar lo que pasó en cierta parte, con ciertas personas y sobre cierto asunto.

Mediaba el mes de Febrero del año de gracia de 1866.

En una calle de las más céntricas de la coronada villa, había una casa de las que, en el piso principal, habitaba un señor solterón y de historia; que era muy conocido en el mundo de la política y de las letras. Serían como las once de la mañana, y llamaron á la puerta.

El mismo dueño salió á abrirla y al hacerlo, se encontró delante de un jovencillo, casi un niño, de humilde apariencia en su cara, en sus palabras y en su traje; pues éste no era indicador de opulencia ni de holgura.

—Pase usted,— dijo el señor al niño.

Este pasó todo encogido y cortado, y, á instancias del dueño se sentó en una de las dos butacas que, al lado del balcón había, colocándose el amo en la otra.

Ya, mano á mano, empezó la conversación por parte del que recibía la visita, que preguntó al visitante:

—¿Y qué le trae á esta su casa?

El adolescente sacó unos papeles del bolsillo más hondo y grande de su

ropilla y, abriéndoles al azar, contestó: —Enseñar á Ud. esto— —¿Y que es eso?— —Un drama que he escrito.—

El señor debió sentir en su interior un no se qué de sorpresa, de incredulidad, y quién sabe si de tristes recuerdos; y con paternal, pero agria frase, dijo al dramaturgo en ciernes:

—Ud. comprende que al teatro no se pueden llevar obras de cualquier clase; y que se necesitan muchas cosas, para llegar á poder presentar en él alguna producción, siquiera sea mediana, y valga muy poco.—

El chico sintió, á su vez, en lo más recóndito de su ser, un no se qué de cobardía, de susto y acaso de orgullo, y le dijo al otro:

—Yo no soy poeta, pero desearía que Ud. escuchara esto.—

Y volviendo la vista á los papeles que sacó del bolsillo, y con una entonación dramática y sentida, leyó:

«Se quebranta con sufrir  
tan ruda lucha mi alma,  
y se apaga mi existir:  
¡Mil veces mejor morir,  
que vivir sin fe y sin calma!  
Y esta pena, asaz traidora es,  
por mi desgracia, tal,  
que el corazón me devora.  
¡Tanto veneno atesora  
y tal es su acción fatal!  
Al saber que ya no vive  
el hombre á quien se haya amado,  
el dolor que se recibe,  
sólo, sólo le concibe  
quien, como yo, le ha pasado.  
Siento que punzante espina  
taladra mi corazón  
con tal dolor, que en divina  
estancia, sí, se adivina;  
pero en terrestre ¡ilusión!  
Nadie en el mundo comprende  
el dolor que estoy sufriendo,  
sino sabe que se enciende  
aquí, una llama y se extiende  
su fuego doquier cundiendo.  
Y abrasando todo el ser...  
¡más valiera no tenerle!  
Se alcanza ya sólo á ver

un continuo padecer,  
no ansiando más que perderle.

(Transición.)    ¿Por qué, Dios mío, por qué  
me permitiste tocar  
la dicha que no logré?  
Si en vuestra gloria no entré,  
¿por qué la hiciste admirar?  
¿Por qué, apenas divisara  
ese vuestro Edén eterno,  
vuestra vista me lanzara  
tal rayo que el ser me helara,  
para arrojarme á este infierno?  
¿Es, acaso, que os gozáis  
también en mi desventura?...

(Transición.)    Mas... mis palabras no oigáis.  
Si de bueno blasonáis,  
perdonad esta locura.  
Perdonad si es que he ofendido  
vuestro nombre Sacrosanto;  
perdonad si le he querido,  
aun de Vos con el olvido:  
¡Perdonadme a queste llanto!  
Si es que por él sólo lloro,  
perdonádmelo, Dios mío.  
A vuestra elocuencia imploro.  
Él era aquí mi tesoro  
y le perdí... ¡Desvarío!  
Mas me perdonáis ¿verdad?  
Pues sólo Vos infiltrasteis  
del Amor la claridad  
en mi pecho, y de él la paz,  
poco á poco le robasteis.  
Vos sólo me habéis dotado  
de esta facultad de amar.  
¿En qué, pues, os he faltado?  
¿Será por que la he llevado,  
acaso, hasta idolatrar?...  
Mas permitid que le llame  
tan sólo una vez, no más.  
Permitidme que le ame.



Permitid que á él solo clame:  
¡Arturo, Arturo! ¿do estás?

(Posa la cabeza sobre las manos, de codos en la mesa, y permanece así, llorando un rato en silencio.)

Acabó de leer, sabe Dios cómo, el chicuelo; habiendo tenido el señor la paciencia de oírle, en silencio y con atención, toda la tirada.

Y al acabarla, le dijo:

—Déjeme usted ese libro: le leeré y veré si puede representarse; aunque tenga algo que corregir.—

Sea el miedo intuitivo y congénito de que siempre parece que adoleció el pequeño; sea que ya no quiso exponerse á que lo que no leía, no gustara tanto como lo que leyó, acaso, gustara; sea lo que fuere, es lo cierto que el libro volvió al seno del bolso del que fue extraído; y ni el dueño de aquella casa, ni persona alguna más, le ha vuelto á leer, que sepamos.

Tuvo el personaje visitado, para el novel visitante, todo género de atenciones y hasta mimos; por que le enseñó la casa; le habló de su pasado, semejante al del chicuelo; le leyó poesías preciosas é inmortales suyas, de sus coetáneos y de extranjeros por él traducidas; y una muy bonita y que él ponderaba mucho, titulada «*A una tabernerilla*», de un íntimo amigo suyo. El chico gozó con todo y se retrajo, cada vez más para dejar su obra.

¿Quiénes eran ellos?

Pues les diré todos:

El personaje obsequioso, atento é inmortal, D. Eulogio Florentino Sanz; el autor de *la Tabernerilla*, D. Román Martín Bernal; La entonces, bella, célebre y aplaudida, como actriz dramática aficionada en Arévalo, para la que se escribió la escena leída por el muchacho, Doña Teodora Saráchaga y de Acuña. Y el autor de aquél aluvión de mal llamados versos:

Florencio Zarza y Roldan

**LA ALHÓNDIGA DE ARÉVALO,**  
ASOCIACIÓN DE CULTURA Y PATRIMONIO.

Apartado 92  
05200 ARÉVALO

